

Llegaba á su apogeo la reputación científica de la más docta de las religiones en la más docta de las ciudades españolas, cuando uno de sus hijos, fray Juan de Toledo, de la ducal estirpe de Alba, obispo de Córdoba y cardenal, quiso elevar al mismo nivel el esplendor material de aquella morada. En 30 de junio de 1524 asentóse el primer cimiento de la soberbia construcción, que trazó y empezó Juan de Álava, compañero de Juan Gil de Hontañón en la fábrica de la catedral (1), y llevó adelante Juan de Rivero Rada, continuador de la misma con Pedro Gutiérrez y Diego de Salcedo.

Habiendo durado la obra hasta 1610, ocupando, según datos, á cinco arquitectos, nueve pintores, seis escultores, veinte y dos tallistas y ochocientos operarios, sin costar mucho más de un millón de reales, no habría que admirar la diversidad de sus estilos, aun cuando la época no fuese de tan rápida transición. La gótica crestería de los dobles botareles que flanquean la nave y las capillas, harto más pura y gentil que la de la iglesia mayor, se combina sin disonancia con la rica fachada plateresca, y esta con la jónica galería que sirve de atrio al convento: el majestuoso cimborio cuadrado con sus tres aberturas de medio punto en cada cara, los robustos estribos de la capilla mayor,

más sosiego sus observaciones se le destinó la alquería de Valcubo dos leguas distante, donde se le ha erigido un monumento, publicando con esta ocasión un álbum poético los estudiantes de la universidad. Fué su apoyo principal el maestro Deza, entonces catedrático de prima de teología y después obispo y preceptor del príncipe don Juan, y evoca con elocuencia este recuerdo una exposición dirigida á las cortes por los hijos de aquella casa pidiendo misioneros para la isla de Sto. Domingo. «En una celda, dice, del convento de S. Esteban, Colón y el P. Deza convinieron en que había un nuevo mundo: Colón fué á descubrirlo, y la primera tierra que pisó la llamó *Isla Española*, la primera ciudad que levantó *Sto. Domingo*; su primer pensamiento para España, su segundo para el sabio y la orden que comprendió al genio.» De San Esteban salieron también los primeros misioneros para la isla Española, que fueron fray Diego de Mendoza, fray Pedro de Córdoba, fray Antonio Montesinos y fray Bernardo de Sto. Domingo.

(1) Dicho Juan de Álava, de quien atrás hablamos, de la pág. 64 á 66, era natural de Vitoria é hizo en 1498 la capilla mayor de la catedral de Plasencia y en 1515 la de Agustinos de Salamanca, aunque en las respectivas historias de estos edificios se le llama Juan de Alba. Tenía por aparejador á un lego del convento.

el rojizo color de los sillares, el puente que por cima de una calle conduce á la entrada, costado como el atrio por el insigne teólogo fray Domingo Soto y marcado con su divisa (1), completan la perspectiva exterior del monumento. Forma la portada una especie de retablo, como son los del renacimiento, plano, minucioso, cuajado de prolijas labores buenas, sí, pero no extremadas en delicadeza, mostrando entre las pilastras del primer cuerpo cuatro estatuas de santos de la orden con sus doseletes y cuatro de los doctores de la iglesia entre las del segundo. Con posterioridad á las demás esculturas, á principios del siglo XVII, labró el milanés Juan Antonio Ceroni el gran relieve del martirio de San Esteban en el fondo del nicho colocado encima de la puerta (2); el centro del tercer cuerpo lo ocupa el Calvario, y otras figuras de santos los intermedios de sus abalaustradas columnas. Por los costados del gigantesco arco semicircular, que abriga y sombrea toda esta linda joya con su bóveda artesonada, corre la misma ornamentación de pilastras, imágenes y guardapolvos, ciñe su arranque el mismo primoroso friso que corona el segundo cuerpo, y en sus ángulos exteriores desde el arranque hasta la cornisa se reproducen en mayor escala las columnas del tercero, campeando en las enjutas los timbres episcopales del fundador. Nada hay allí desnudo y mezquino respecto de tanta magnificencia sino el remate triangular y la espadaña.

Nave espaciosísima de excelentes proporciones, algo más ancha que la mayor de la catedral y sólo un cuarto menos larga (3), seis bóvedas apuntadas formando vistosos pabellones esmaltados de grandes claves doradas, pilares bocelados, venta-

(1) Consiste en unas manos asidas arrojando llamas, con este lema: *Fides quæ per dilectionem operatur.*

(2) Una piedra colocada en primer término contiene estas letras: *Joan. Ant. Ceroni me fecit.*

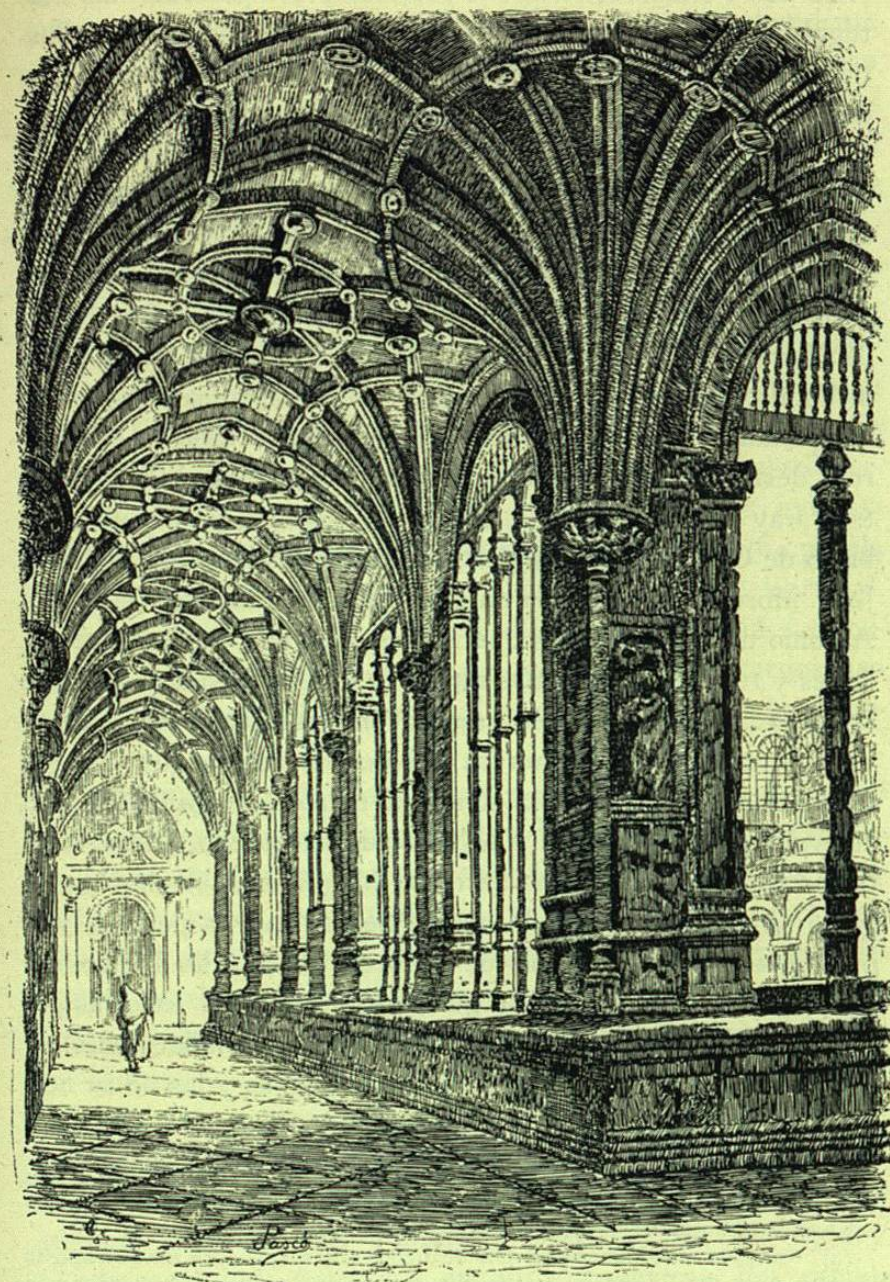
(3) Tiene de latitud 51 pié y medio y de longitud 287, á saber: 151 el cuerpo principal, 47 el crucero y 89 la capilla mayor; el crucero de un extremo á otro 96 de anchura.

nas compuestas de tres medios puntos iguales con rosetón encima, en las cuales subsisten restos de brillantes vidrios de color, seis capillas de alta y gallarda ojiva á cada lado, y más allá de la reja divisoria el ancho crucero, la cuadrada cúpula asentada sin pechinas, por cuyos triples ajimeces de estriadas columnas descende copiosa la luz, la cuadrilonga y vasta capilla mayor continuación de la expresada nave, tal es el conjunto que ofrece desde la puerta una de las más espléndidas imitaciones góticas del siglo xvi. Si lo deslucen el salomónico retablo de Churriguera, para cuya construcción hizo cortar el duque de Alba cuatro mil pinos mal empleados, engasta aún este en sus nichos dos joyas de gran precio: en el principal la bizantina efigie de nuestra Señora de la Vega, en el de arriba el célebre lienzo de la muerte del protomártir, última obra del insigne Claudio Coello (1). Á los pies del templo se levanta sobre tres rebajadas bóvedas el ancho coro, cuya sillería de estriadas columnas labró en 1651 Alfonso Balbas á expensas de fray Francisco de Araujo, obispo de Segovia (2); cubre su testero el celebrado fresco de Antonio Palomino que representa la apoteosis del santo patriarca y las glorias inmortales de su orden (3); y en el brazo izquierdo del crucero sobre el altar de la Virgen del Rosario y en la capilla del Cristo de la Luz aparecen otros frescos pintados por su coetáneo Villamor. Las capillas llevan techo de crucería y ventana gótica en el fondo; la de San Juan contiene una estatua tendida de don Lope Fernández de Paz, defensor de Rodas y bailío de Negroponto; á la de las reliquias han pasado desde la bóveda construída debajo del altar las cenizas del gran duque de

(1) Pintólo en 1692 y se le dieron por él seis mil reales. El retablo, hecho el mismo año por don José Churriguera, costó 154,000.

(2) Lo fué de Cartagena en seguida, y después de treinta años de obispado lo renunció, muriendo á los ochenta de su edad, según declara la encomiástica inscripción latina de su tumba que está en alto á la izquierda, dentro de la cual se descubre su momia. La sillería y atril importaron 150,018 reales.

(3) Pasa por la obra maestra del autor del *Museo Pictórico* que la empezó en 1705, y se le dieron por ella 14,614 reales.



CLAUSTRO DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN

Alba don Fernando, terror de Flandes y conquistador de Portugal, aguardando en vano, sea de sus sucesores que tanto ilustró, sea de la monarquía que engrandeció tanto, un túmulo más decente que la mezquina arca que las encierra.

No se circunscriben al templo las grandes obras con que enriquecieron á San Esteban sus más insignes hijos. La sacristía alta y magnífica, con sus tres bóvedas adornadas de casetones, con sus hornacinas revestidas de frontones y pilastras de orden corintio, con su cornisa un tanto barroca la costeó fray Pedro de Herrera, obispo de Túy, cuya efigie arrodillada se ve en un nicho alto en frente de su urna (1). La vasta sala capitular, flanqueada de pilastras dóricas con un altar corintio en el testero y destinada á servir de enterramiento común, la hizo construir fray Íñigo de Brizuela, obispo de Segovia, y después arzobispo de Cambray en Flandes: ambas piezas las trazó en 1626 Juan Moreno, ayudándole en la escultura Francisco Gallego y Antonio de Paz, mientras que Alfonso Sardiña cubría de medallones y relieves las galerías alta y baja del claustro y parte de la fachada, obteniendo en cambio un descansado retiro en su vejez y una honrada sepultura debajo del púlpito (2). No fué debida á ningún mitrado la suntuosa escalera colgante de arco atrevido, aristada bóveda y balaustrado antepecho, debajo cuyo tramo superior resalta una hermosa Magdalena: un simple religioso la mandó hacer al mismo tiempo que la portería y el puente, aquel religioso que fué lumbrera del concilio Tridentino, aquel fray Domingo Soto de quien se decía en las escuelas *qui scit Sotum scit totum*, y que sin epitafio quiso humildemente enterrarse al pié del primer peldaño. Sus huellas y las de su her-

(1) Murió allí en 1630 de 82 años de edad, yendo á tomar posesión de la silla de Tarazona, y en su epitafio no se expresa más que el nombre y la fecha con estas palabras: *hoc suo sacello propitium sibi Numen expectat*.

(2) No todos, sino algunos tan sólo de dichos relieves, pueden ser de mano de Sardiña, pues por lo general los del claustro y más aún los de la fachada son muy anteriores á la época de 1626 en que trabajaba aquel artista, según Ceán Bermúdez.

mano Pedro, de Francisco Vitoria y de Melchor Cano, del maestro Gallo y de Diego de Chaves, ennoblecieron el reciente convento en competencia con las glorias del antiguo, y bastarían para recomendar el claustro aun cuando no fuese una de las bellas fábricas del renacimiento. La crucería de sus ánditos es elegantísima; sutiles pilares estriados subdividen sus grandes arcos en cuatro ó tres hasta el arranque del medio punto que cierran con poca gracia unos balaústres de piedra, y á cada arco bajo corresponden arriba dos, sostenidos por columnas platerescas, decorados por análogas labores en sus enjutas y barandilla, formando las alas del Museo últimamente instalado en su recinto. Con harta mayor pesadez se eleva en el centro del patio el templete, y á época algo más avanzada que el claustro pertenecen las portadas que desde él comunican á la inmensa estancia del *de profundis* y á la capilla de San Jacinto, propia de los nobles esposos Diego de Ávila y Beatriz de Carvajal. Vasto es el edificio, y alberga hoy día dos comunidades, española la una, francesa la otra, acogida, para acreditarnos una vez siquiera de verdaderamente libres, con generosa hospitalidad.

Hay entre las plazuelas desiertas é irregulares del barrio del oeste una que lleva el suave nombre de *fray Luis de León*, desde que se arrancaron de aquel solar los últimos vestigios de su querido convento. ¿No hubiera sido homenaje mejor que el vano título ó la estatua, que se le ha erigido al fin en la cerrada plazuela á espaldas de la universidad, conservar en memoria suya á manera de arco triunfal la exquisita portada del templo donde oró tantos años, y que se mantenía aún poco tiempo hace, vencedora de los estragos de la guerra y de la restauración? Su grande arco encerraba tres gallardos cuerpos del renacimiento, al paso que en sus estribos despleaban un tardío bien que genuino goticismo las repisas y doseletes de las figuras. Desde que los Agustinos en 1377 recibieron del cabildo la parroquial de San Pedro so pacto de respetar su advoca-

ción (1), parece que respetaron su misma estructura, hasta que en 1516 hizo la capilla mayor Juan de Álava, arquitecto de la catedral y de San Esteban (2), y la pared lateral en que caía la fachada se reedificó al estilo gótico moderno. Entrábase á la iglesia por el crucero, cuya linterna califica Ponz de notable; en 1625 dióse al presbiterio más ensanche y un magnífico retablo esculpido por Gregorio Hernández; y á la parte del evangelio cierta capilla, probablemente la de los Zúñigas, contenía un sepulcro estimable por sus labores. Junto á ella se leía la lápida de aquel caballero del siglo xv *que con poco caudal sostuvo mucha honra* (3); y en otra capilla á los piés del templo veíase convertida en altar la urna de San Juan de Sahagún, después que el cielo confirmó con prodigios la santidad de una vida consagrada á predicar la concordia é inmolada en aras de la virtud (4). No es, sin embargo, el pacificador de los crueles bandos, ni el santo de la caridad y del desprendimiento, Tomás de Villanueva, prior de aquella casa antes que arzobispo de Valencia (5), los que allí dejaron más

(1) Trae á la letra esta donación fray Tomás de Herrera en su historia de los Agustinos de Salamanca. La lápida de la consagración de San Pedro, en 1202, la copiamos atrás, pág. 87, nota 4.^a En 1273 se edificaba la torre de la parroquia, para cuya obra mandó Alfonso X á los recaudadores de las tercias que diesen 500 maravedís, por cédula que existe en el archivo municipal.

(2) Cita Herrera las siguientes cláusulas de un protocolo: «En febrero, año de 1516, concertó esta casa con Juan de Alva (así le llama y no Alava), cantero, la obra de la capilla mayor en esta manera: que no le ha de dar la casa sino la piedra, cal y arena por 300,000 maravedís é ha de ser de la manera que va la capilla mayor de la Vitoria y ha de llevar el arte que lleva la de D. Diego en las claves. Ha de darla acabada de este S. Pedro que viene en dos años. Passó el concierto por ante Alvaro de Merlo escrivano. Costaron los materiales solos sin las manos 160,400 maravedís mas ó menos. Suma toda la obra de la capilla mayor 460,000 maravedís.» Es probable que al mismo arquitecto se deba la portada, que Ponz conceptuó de mejor gusto que las de la catedral y de San Esteban.

(3) Palabras del epitafio á que se han dado diversas interpretaciones. Era este caballero Alonso Maldonado, regidor de la ciudad, que falleció de edad de cuarenta años, año de 1479.

(4) Nació este santo en Sahagún hacia el 1423, entró en el colegio de San Bartolomé en 1450, tomó el hábito de agustino en 1463, y murió en 11 de junio de 1479, ó más bien del 78. Dícese que le envenenó una dama á cuyo amante había convertido.

(5) Fué dos veces prior de aquel convento en 1519 y en 1523; y en 1521, año del alzamiento de las Comunidades, predicó la cuaresma en la catedral con singular aplauso. Murió en Valencia en 1555, á los 67 de su edad.

vivaz recuerdo: la gloria doméstica, el penate tutelar del convento, por decirlo así, fué el cantor de la *Profecía del Tajo*, el expositor del libro de Job y de los Cantares, el sabio virtuoso acrisolado en las prisiones de la Inquisición, el que en las alamedas umbrías de la Flecha meditaba sobre los *nombres de Cristo* (1). El incendio que abrasó el claustro en 1744, las devastaciones de los soldados de Napoleón fortificados en San Vicente, no bastaron para desalojar el precioso esqueleto del ángulo meridional donde yacía; y sólo después de consumada en 1854 la ruina principal por los franceses y mal reparada por los religiosos, se pensó en buscarlo debajo de los escombros con desusada solicitud que coronó la fortuna, apareciendo otra vez á la luz al cabo de más de dos siglos y medio para ser decentemente colocado en la capilla de la universidad (2).

Poco menos de dos centurias vivieron los Trinitarios en San Juan el Blanco, del cual les dió posesorio en 1407 el obispo Anaya, antes que huyendo de la mala vecindad del río se instalaran á fines del xvi en la calle del Concejo, una de las principales de Salamanca. En ocho años se transformó en convento la casa que les dió el deán don Álvaro de Paz, y desde el principio lo ilustró con su elocuencia fray Hortensio Paravicino, como acababa de honrar el otro con sus virtudes el beato Simón de Rojas siendo aún estudiante. La muestra clavada en el barroco

(1) Era la Flecha una granja que poseían los Agustinos á orillas del Tormes una legua al oriente, cuyos frescos sotos immortalizó en la introducción de su obra maestra. Acerca del año y lugar del nacimiento de fray Luís de León hay datos contradictorios; la opinión más seguida es que vió la luz en 1527 y en Granada, siendo sus padres oriundos de Belmonte. En 1544 vistió el hábito de san Agustín, tuvo en la universidad una cátedra de teología y luégo de escritura; de 1572 á 1577 estuvo preso en las cárceles de la Inquisición de Valladolid; en 23 de agosto de 1591 murió en Madrigal, donde se celebraba capítulo de la orden. El primitivo epitafio que se le puso decía así, según Herrera: *Magist. fr. Luisio Legionensi, divinarum humanarumque artium et trium linguarum peritissimo, sacrorum librorum primo apud Salmanticenses interpreti, Castellæ provinciali, non ad memoriam libris inmortalem, sed ad tantæ jacturæ solatium, hunc lapidem á se humilem, ab ossibus illustrem, Augustiniani Salmant. posuerunt. Obiit an. MDXCI, XXIII augusti, ætatis LXIII.*

(2) En 13 de marzo de 1856 se verificó el hallazgo, cuya acta publicó la Comisión provincial de monumentos.

portal indica el profano destino de almacén de géneros dado al presente á su iglesia.

Acompañando á san Vicente Ferrer vino en 1411 fray Juan Gilaberto, religioso Mercenario, y llevada á cabo la conversión de los judíos, estableció en la abandonada sinagoga á los de su orden que tiempo atrás habitaban al otro lado del puente. Es fama que un sábado, penetrando en la infiel asamblea el taumaturgo Valenciano de acuerdo con un neófito oculto, enarboló de improviso la cruz en medio de ella, y mientras que su voz persuasiva é inspirada calmaba el tumulto que se levantó, aparecían milagrosamente unas cruces blancas en las tocas y vestiduras de los oyentes, cuya mayor parte pidió el bautismo: de aquí el título de la Vera Cruz tomado por aquel convento (1). Reedificó con suntuosidad el maestro Zumel, eminente teólogo al espirar el siglo XVI, y sus obras y las churriguerescas y las de fines del XVIII todas se confundieron en un común estrago durante el sitio de 1812, no salvándose sino restos del moderno patio y fuertes paredones, menos interesantes por el concepto artístico que por su posición militar y pintoresca encima del puente.

Harto menos ha quedado del Carmen, aunque su situación apartada al sudeste fuera de la puerta de san Pablo y el alto crédito de que gozaba su clásica arquitectura parecían deber asegurarle del derribo. Hay quien supone á aquel instituto existente desde 1306 en una huerta, pero hasta 1480 no le fué

(1) «Lo que era sinagoga, dice González Dávila, es hoy refitorio y en él está viva la puerta por donde entró el santo á predicar, que tenía una letra hebrea que decía: *Hæc est porta Domini, justî intrabunt per eam.*» Trae en seguida los dísticos que allí se leían consignando la tradición.

Antiquum coluit vetus hoc synagoga sacellum,
At nunc est veræ religioni sacrum.
Judæo expulso, primus Vincentius istam
Lustravit pura religione domum.
Fulgens namque jubar subito descendit olympo,
Cunctisque impressit pectore signa crucis.
Inde trahunt cives Vincenti nomina multi,
Et templum hoc Veræ dicitur inde Crucis.

cedida la parroquia de San Andrés, cuyo nombre conservó el convento, y donde tardó todavía siglo y medio á levantarse la grandiosa construcción greco-romana. Muchos la han atribuído á Herrera, y aun se ha dicho que en ella enmendó los errores del Escorial; pero datos auténticos declaran que no se principió antes de 1628 y que la trazó un Francisco al parecer de la Correa (1). De todas maneras, la fachada de tres órdenes empezando por el dórico y acabando por el compuesto, su gradería, su pórtico de cinco arcos, sus dos torres rematadas en octógonas linternas, recordaban la gravedad de la *octava maravilla*. Su dórica iglesia formaba una cruz griega de noventa piés en cuadro, con cuatro capillas en los ángulos cuyas cúpulas se combinaban con la principal del centro; los retablos, de buen gusto por lo general, contenían estatuas de la escuela de Gregorio Hernández; y la jónica galería del claustro, el sólido muro de cuatro pisos hacia el río, el edificio todo, si se exceptúa la churrigueresca portada del oratorio de la orden tercera, respiraban la sobriedad y fuerza de su modelo. Hoy pasa por su solar una carretera á cuya rectitud hacía estorbo, señalando algunas piedras el lugar que ocupaba.

No lejos de allí, á la salida de otra puerta, aparecía el monasterio de Jerónimos, fundado por el noble zamorano Francisco de Valdés en cumplimiento del voto que hizo en la batalla de Toro, y tal vez por esto dedicado á Nuestra Señora de la Victoria. Fabricóse á principios del siglo XVI con la gentileza que se acostumbraba entonces y aun sirviendo de tipo á obras coetáneas (2); la iglesia con bóvedas de crucería, capillas ojivas,

(1) Véanse los datos suministrados por Ceán Bermúdez en el tomo III de los *Arquitectos*, después de cuya publicación no se comprende que los adicionadores del Dorado insistiesen en atribuir la obra del Carmen á Herrera con tan gratuitos detalles y con notable anacronismo respecto del provincial Orbea que la costeó. Ponz tuvo más disculpa en su error por ignorar los documentos. La inundación de 1626 respetó el cuarto del colegio edificado setenta años antes por Pedro de la Hiestrosa. La fábrica de la iglesia nueva y del convento duró de 1628 á 1651.

(2) Nótase la referencia en la cláusula que atrás copiamos acerca de la capilla mayor de los Agustinos. Siendo dicho documento del 1516, la obra de la Victoria

ventanas de medio punto, cortada la espaciosa nave por un crucero, y el coro alto á los piés de ella; el claustro con arcos semicirculares tachonados de florones, siete en cada lienzo inferior y doble número arriba, unos con barandilla calada, otros con antepecho macizo de labor plateresca. Tenía una portada de análogo estilo debajo de un arco, que en 1778 fué reemplazada bajo la influencia todavía del barroquismo con dos cuerpos de pareadas columnas corintias y con una grande espadaña. Tan entero logramos ver á San Jerónimo, tal llegó al 1860, después de haber desaparecido de su lado el adjunto colegio de Guadalupe establecido en 1572 para los estudiantes de la orden, cuya acústica capilla construída en los rígidos tiempos de 1589 había sembrado de talla el arquitecto á pesar de las instancias del P. Sigüenza, y cuyo claustro, según la descripción que de él nos ha llegado, competía en grandeza y hermosura con el del monasterio (1). En pos del pimpollo ha venido á caer por fin el robusto árbol, cuando se creía ya tal vez definitivamente salvado de la segur revolucionaria.

Desde mediados del siglo XVI multiplicáronse rápidamente los conventos al rededor de Salamanca, porque adentro ya no cabían. Los jesuítas se aproximaron gradualmente á la ciudad, deteniéndose primero junto á Villamayor y luégo en la huerta de Villasendín al oeste donde está ahora el cementerio, y allí residieron algunos años en vida de su patriarca. Los mínimos se fijaron en 1555 fuera de la puerta de Zamora protegidos por el almirante don Francisco Brochero; y la fachada de su iglesia, compuesta de un arco escarzano, de columnas dóricas y de varias estatuas, subsistió hasta nuestros días (2). Para los francis-

de que en él se habla debió empezarse antes y no en 1522, como dice Ceán Bermúdez. Gil González pone su fundación en 1513.

(1) Ponz le califica de singularísimo en su línea y admira los varios y delicados ornatos de los capiteles de sus columnas, que según lo que indica de cabezillas, animalejos y figuritas debieron ser de gusto plateresco. «Es un trabajo increíble, dice, guardada en él la proporción corintia.» Tenía el claustro del colegio abajo y arriba el mismo número de arcos que el del convento.

(2) De arquitectura recargada y poco significante aunque no descabellada

cos Recoletos ó Descalzos se edificaron dos; uno en 1564 á la salida de la puerta de Sancti-Spiritus titulado San Antonio de afuera, otro en 1586 llamado del Calvario cuya fábrica todavía blanquea en el campanario frente á las ruinas de San Vicente; del primero fueron fundadores el noble Francisco de Parada y Ana Martínez su mujer, del segundo el obispo de Ávila Pedro Fernández Temiño, que lo escogió para su entierro. Hacia 1569 erigieron los Premostratenses más abajo del Carmen, en el sitio de un antiguo hospital, su colegio de Santa Susana, cuya portada plateresca permanece: hasta 1580 no vinieron los Bernardos, pero con el auxilio de dos mil ducados recibidos de Felipe II, su construcción bien que tardía fué suntuosa, levantando frente á la puerta á que dieron nombre un templo de tres naves y de esbeltos arcos, y un vasto convento con tres órdenes de aberturas exteriores y una galería por remate. Aunque el edificio por la lentitud con que se fabricó se resentía de la degeneración del gusto, particularmente en el claustro y en las tres puertas de la fachada metidas entre dos cuadrados pabellones, pocos hay cuya pérdida sea en la ciudad tan deplorada; ponderábase lo atrevido y fuerte de su escalera trazada en 1609 por el famoso analista cisterciense fray Ángel Manrique, obispo de Badajoz; muéstranse los escasos fragmentos salvados y los sillares empleados para otros usos. De todas las fundaciones de aquel período ninguna se conserva excepto la de Carmelitas Descalzos, pero no en el arrabal en el hospital de San Lázaro que primero ocuparon hacia 1581, sino dentro de los muros en la plaza de Santo Tomé adonde se trasladaron más adelante, dedicando su casa á san Elías y logrando ver concluída en 1703 la grande iglesia que ha sustituido últimamente á la antigua parroquia, toda blanca por dentro en sus tres naves, crucero y cúpula, por fuera almodillada con una espadaña á cada lado.

como la de tiempos más cercanos, la llama Ponz, pero trata de ridiculos en extremo los ornatos de las paredes y ventanas de su claustro.